

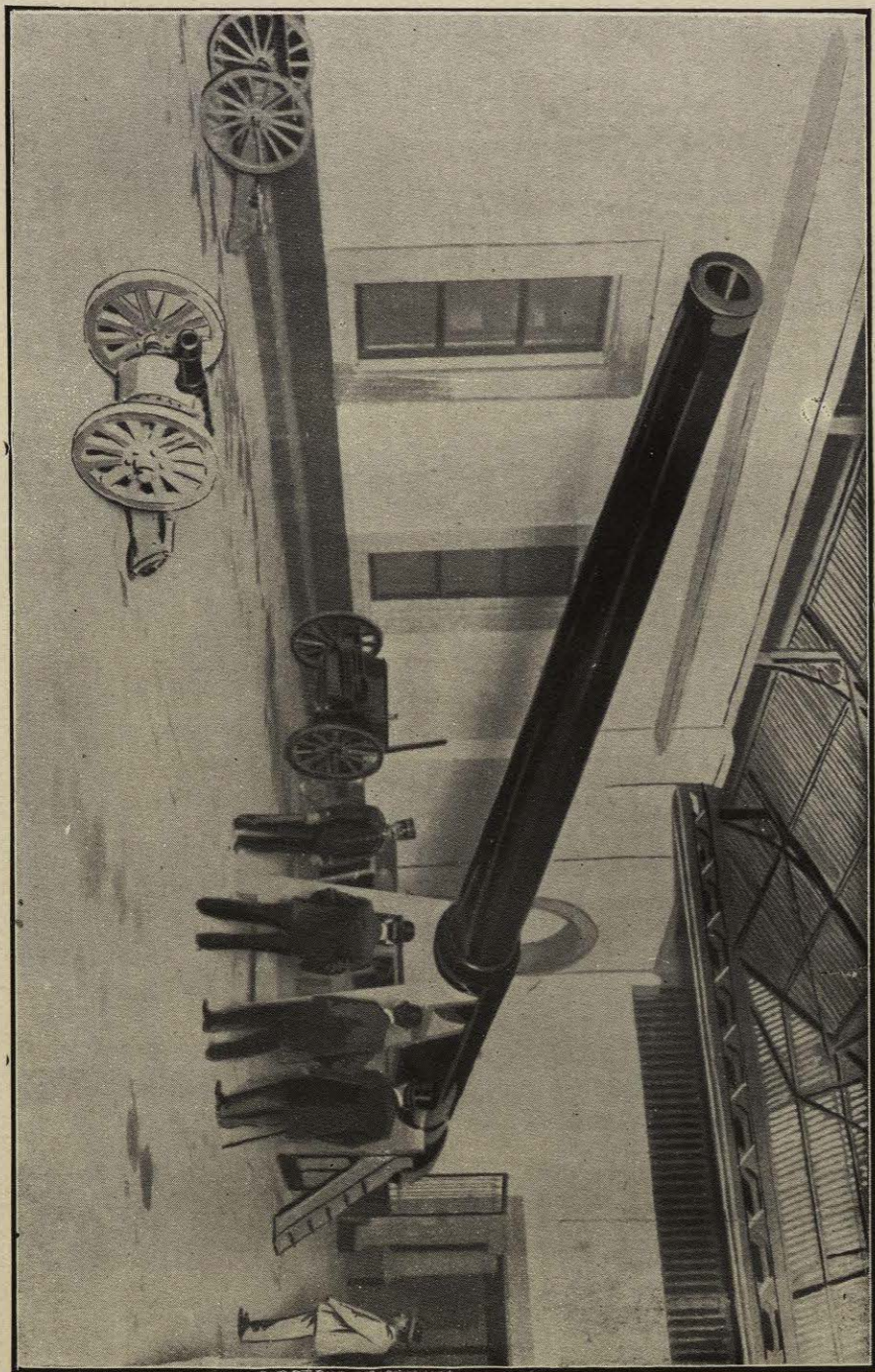
XIX.

MÁS TENTACIONES.

BOURNOF Y BAZAINE.

POR aquel tiempo tuvo lugar la aprehensión del Prefecto Imperial, D. Pablo Franco, que en compañía de otro traidor, el Obispo Covarrubias, había salido huyendo de Oaxaca poco antes de la capitulación de aquella plaza. «El Obispo Covarrubias había sido uno de los más eficaces auxiliares de la Intervención, y se asustó mucho, porque habiéndome mandado preguntar qué consideraciones le guardaría si tomaba á Oaxaca, y siguiendo mi sistema de aparentarme sanguinario para infundir terror, le contesté que lo fusilaría con su gran uniforme de Obispo, lo cual lo desmoralizó completamente, y otro tanto le pasó á Franco, y ésto motivó la salida de ambos para Puebla (de allí siguieron á México). Estando Franco en México con D. Manuel Dublán, después de la rendición de Oaxaca, se pusieron ambos de acuerdo para ir con una escolta de traidores hasta Tehuacán, que todavía estaba en poder del enemigo, á recibir á sus respectivas familias que habían mandado traer de Oaxaca. Con este propósito salieron de México; pero en Puebla comprendió Dublán que había peligro en seguir adelante, y manifestó á Franco que lo esperaría allí, si él continuaba su marcha, aconsejándole que se detuviera.

«Avisados los puestos avanzados que tenía yo en algunos lugares cercanos de la carretera que conduce de Puebla á Tehuacán; de que



Cañón de Costa de 240 milímetros, cierre automático, "Sistema Mondragón," para armar el puerto de Salina Cruz.

llegaba á Tlacotepec una fuerza de caballería enemiga en tal número, que ellos podían batir, la dejaron entrar á Tlacotepec, para atacarla en dicha población con ayuda del vecindario.

«No tardaron mis soldados de caballería, mandados por el Teniente Coronel Don Ignacio Sánchez Gamboa, en apoderarse de Franco y de su escolta, que mandaron para Oaxaca, adonde llegó el primero, el día 6 de Enero de 1867, antes de mi regreso de Tehuantepec.

«Luego que tuve noticia de la captura de Franco, mandé instruirle el proceso correspondiente, y después de su tramitación regular y completa y de permitirle el ejercicio de todos los recursos legales, fué sentenciado á muerte el 26, y pasado por las armas, en Oaxaca, el 30 de Enero de 1867, después de haber yo salido de aquella ciudad para Puebla.

«Fué fiscal en esa causa, el Teniente Coronel Don Joaquín Ballesteros, asesorado por el auditor Lic. D. Ramón Rodríguez; y su defensor, el Lic. D. José Isaac Cañas, abogado muy distinguido en el foro de la localidad.» (Memorias).

Relacionado con el fusilamiento de Franco, hubo un triste episodio que revela el profundo rencor que rebotaba en las almas de aquellos patriotas liberales que luchaban á muerte por su causa.

El republicano D. Justo Rodríguez, comerciante y agricultor de Yanhuatlán, hombre que, á costa de grandes sacrificios, ayudaba con sus escasos recursos á la causa de la República, fué inicuaente fusilado, *por simpatizador y amigo de los liberales*, en el tiempo en que Franco, con su carácter de Prefecto Imperial, gobernaba en Oaxaca.

Momentos antes de marchar al suplicio, Justo Rodríguez encargó á su hermano, un pintor protegido del General Díaz, que retratara su cadáver destrozado y ensangrentado por las balas, y cuando algún traidor pidiese indulto, lo presentase al jefe que debiera concederlo.

Cumplió el pintor, fielmente, con el último encargo de su mártir hermano, y al saber que el traidor Franco solicitaba gracia, presentó aquel retrato del cadáver al General Republicano.

Pocos días antes de regresar de Tehuantepec, el General Díaz escribió á D. Matías Romero, manifestándole la escasez de recursos pecuniarios con que entonces luchaba para emprender las trascendentales operaciones que tenía proyectadas.

«Tequisitlan, Diciembre 16 de 1866.—Sr. Lic. D. Matías Romero.—Washington.—Mi muy querido amigo:

«Creo que habrá recibido mis cartas y visto los partes oficiales, que le habrán informado de la fortuna con que se ha peleado por nuestra parte. Llamo á esto una fortuna, atendida la desigualdad y escasez de nuestros elementos comparados con los del enemigo; pero, en fin, ya con esfuerzo pude cumplir lo que ofrecí á Ud., de hacer la campaña en este Estado, aun cuando nada se me enviase, pues mi deseo era principiar nuevamente, arrebatando al enemigo lo que me era necesario.

«Hoy la faz de las cosas ha cambiado: la guerra necesita ser más vigorosa y de una singular actividad; pero creo que con el armamento llegado y el que tenemos en nuestro poder, tengo por ahora el necesario; recomiendo á Ud. mucho, que para completar éste, haga un esfuerzo para remitirme las armas especiales y artillería que mandé pedir con el Coronel Fidencio Hernández.

«Esto en materia de armamento; pero tenemos otra necesidad urgente, y es la de numerario. Ud., con su buen criterio, comprenderá que para medio sostener la fuerza que tengo, es necesario usar de exacciones y medidas que atraen el odio á la causa que, puede decirse, está en renacimiento y necesita un impulso incesante de vida y de prestigio; por esto es que si me enviase algunas cantidades regulares, podría poner en pie de guerra 15,000 hombres y seguirlos sosteniendo.

«Podría Ud. decirme que tengo á mi disposición los bienes de los traidores; pero para convertirlos en numerario, es necesario la realización de fincas, etc., y es cosa difícil, si se atiende á lo timorato de la gente á quien Ud. conoce....

«Por las apreciables de Ud., estoy enterado de la influencia moral que el Gobierno de ese país sigue prestando al nuestro, y sus determinaciones para con Ortega y Santa Ana; mas para aprovechar esta protección, es preciso que en esta República entremos en una acción violenta y eficaz para terminar todo, y yo, por mi parte, para llenar este deber que tanto deseo, no encuentro otro obstáculo que los recursos; pero fío en la ayuda de Ud. para expedirlos.

«Sin más por ahora, me repito de Ud. su servidor y amigo que lo aprecia. (Firmado) PORFIRIO DÍAZ.»

El General Díaz no llegó á recibir los recursos pecuniarios que solicitaba, pero sí recibió el armamento.

Dicho armamento había sido comprado en los Estados Unidos por un comisionado de nuestro Ministro en Washington, el Sr. D. Matías Romero, y pagado con bonos del empréstito de 30 millones, ce-

lebrado por el General José M. Carbajal con la casa John W. Corlies & Co., de Nueva York.

«El 9 de Noviembre de 1866, se fletó el vapor «Vixen» por el General Sturm, en 600 pesos diarios, pagaderos en bonos. El día 10 salió de Nueva York, conduciendo las armas y artículos de guerra para la línea de Oriente, que se pusieron á cargo del General Pedro Baranda. El vapor se averió y tuvo que arribar á Norfolk, Estado de Virginia, en donde permaneció algunos días para reponer sus averías, después de lo cual partió para Minatitlán.

«En marcha para Tehuantepec, se me avisó que acababa de desembarcar en Minatitlán, procedente de los Estados Unidos, y que había llegado á ese puerto, una remesa de armamento, equipo, municiones y útiles de hospital. . . . Mandé á recibir esos efectos al Capitán de Ingenieros, Lorenzo Pérez Castro, con una fuerza de Guardia nacional. Los indios (á pesar de estar pronunciados contra el General Alejandro García), al saber que iban para mí, ayudaron á traerlos hasta Tuxtepec. Recibí estas armas al volver de la expedición de Tehuantepec, y las utilicé en la campaña contra Puebla y México, que emprendí á poco.» (Memorias).

Algunos días después del triunfo de La Chitova, el General Díaz se dirigió á Oaxaca, dejando en el Istmo de Tehuantepec al Capitán D. Carlos Pacheco, para que, con una compañía del Batallón «Fieles de Oaxaca» y una fuerza organizada con juchitecos, enemigos irreconciliables de los imperialistas tehuantepecanos, continuara la persecución de los grupos enemigos que por allí quedaban.

El Capitán Pacheco logró dar tan rudo golpe á las chusmas enemigas, en Tlacolulita, el día 3 de Febrero, que la región quedó pacificada.

El valiente Capitán, aprovechando la densa obscuridad de la noche del 2 de Febrero, llegó, sin ser sentido, hasta el atrio de la Iglesia de Tlacolulita, y con 120 soldados, sin disparar un solo tiro y dando muerte á los centinelas á la bayoneta, cargó sobre 300 imperialistas que allí estaban.

Terrible fué el combate y el éxito completo.

Al amanecer del día 3, setenta y ocho cadáveres yacían ensangrentados en el atrio, y el Capitán Pacheco, al volver á Oaxaca é incorporarse á la matriz de su batallón, llevó como botín algunas municiones y 270 fusiles.

Pacheco fué ascendido á Comandante, y más tarde llegó á ser General de División y Ministro de Fomento.

Á su regreso á Oaxaca, el General en jefe del Ejército de Oriente, encontró en la ciudad al Sr. Lic. D. Justo Benítez, que había vuelto del desempeño de una comisión.

«El principal objeto de la misión que di á Benítez, en 1865, cuando estaba para evadirme de Puebla, cerca del Sr. Romero, Ministro Plenipotenciario en Washington, era obtener por su medio, del Sr. Juárez, que se encontraba en la frontera del Norte, armas y algunos fondos que me permitieran hacer la guerra, para no verme en el duro caso de exigir mucho de las pequeñas y pobres poblaciones, donde tenía que ejecutar mis primeras operaciones, que son siempre las más difíciles y costosas.

«Durante su ausencia, motivada por esa comisión, hice la campaña que comprende hasta mi vuelta de Tehuantepec. Después de su incorporación, siguió en la misma condición que tuvo en tiempo anterior, de Secretario del Cuartel general.

«Las relaciones que me estrechaban con él, no eran sólo las que correspondían á nuestra identidad de ideas y miras políticas, sino una amistad casi fraternal, aunque mantenida con mucho trabajo por mi parte, por su carácter duro y su rigidez de opiniones sobre todas materias.*

«El día 10 de Enero de 1867 entré á Oaxaca, de regreso de Tehuantepec, y me ocupé activamente de organizar la campaña sobre Puebla.

* El Lic. Benítez fué compañero de estudios del General Díaz en la época en que éste se preparaba para entrar al Seminario de Oaxaca.

«La preparación para el Seminario, dice el Dr. Quevedo y Zubieta, en su obra ya citada, consistió, según la expresión de los estudiantes oaxaqueños de entonces, en hacer bolsa de gramática latina ó sea anticiparse á adquirir las primeras letras latinas, bajo la dirección de un primo suyo, Ramón Pardo, Vicario de la Parroquia de San Pedro Teococuilco. Está ese pueblo situado cerca de Oaxaca, en lo que es hoy Distrito de Villa Juárez; y el año de 1845, durante varios meses que precedieron á su entrada al Seminario, fué allí Porfirio á vivir y á estudiar con el primo á quien llamaba tío, en consideración á su edad y su *latín*.

«Era cura de la misma Parroquia, el Pbro. D. José Félix Benítez, quien tenía á su lado á un niño de origen incierto, depositado al nacer á la puerta de su casa, en calidad de expósito. El cura lo adoptó, bautizándole con el nombre de Justo y dándole su propio apellido. Siendo casi de la misma edad (un poco mayor Justo Benítez) y emprendiendo ambos los mismos estudios, nació entre los dos niños, allí, en San Pedro Teococuilco, entre los genitivos *en orum* y los ablativos en *ibus*, una amistad destinada á prolongarse y romperse en política, cayendo así bajo el dominio de la Historia.»

«El armamento que me llegaba de Estados Unidos, favoreció la organización de la Columna de tropas con que debía emprender mis operaciones, y cuya organización é instrucción había dejado encomendada al Gral. D. Alejandro García.

«Encontré que aún no estaban concluidas las baterías rayadas que había mandado fundir y montar antes de salir para Tehuantepec, y que aún no estaba uniformada una Brigada compuesta de los Batallones 1º, 2º y 3º de «Cazadores de Oaxaca;» por lo que reencargué todo el trabajo relativo al citado General García, y, además, el especial de los batallones al jefe de dicha Brigada, Gral. D. Manuel González.

«No siendo suficientes para esa campaña las fuerzas que traía conmigo y las que se formaban de cazadores y otras de la ciudad, ni las demás obligadas á incorporármese de los pueblos, antes puestas en descanso, extendí mi acción y mis esfuerzos á los Estados de Puebla, Veracruz, México y Tlaxcala; y con este propósito, y estando todavía en la ciudad de Oaxaca, destaqué con sus respectivos núcleos, y con objeto de aumentarlos, al Gral. D. Luis Pérez Figueroa á los Distritos de Tuxtepec y Teotitlán de aquel Estado, con orden de concurrir, algunos días después, al valle de Ixcaquístla; á los Generales Don Juan N. Méndez y Don Ignacio R. Alatorre, al Norte de Puebla y Estado de Veracruz, respectivamente, para concurrir al lugar que yo designaría en una orden al efecto; y al Coronel Don Cristóbal Palacios, á los Distritos de Tepeaca y San Andrés Chalchicomula, de Puebla, y á la parte Oriental del Estado de Tlaxcala; al Coronel Rodríguez Bocardo, que había desertado del Imperio y se había puesto á mis órdenes, le mandé que permaneciera y mejorara sus tropas en la Ciudad de Tlaxcala, donde se hallaba; al Coronel Don Anastasio Roldán, servidor del Imperio, y que también se había puesto á mi disposición con 200 caballos, le ordené que continuara en Acajete y amagara á Puebla por el rumbo de Ayotla; al General Don Rafael Cuellar le había mandado que organizara fuerzas de infantería y de caballería en los Distritos de Chalco y Xochimilco y contiguos al Estado de México; y al Coronel Don Florentino Mercado, que organizara asimismo la fuerza de caballería que pudiera en los llanos de Apam. Desde antes de mi salida á Tehuantepec, se habían anticipado combinaciones sobre la mayor parte de los trabajos de reclutamiento, el cual esperaba yo se hiciera en un mes, tiempo que en el citado Tehuantepec fué debidamente aprovechado.

«El 26 de Enero de 1867, salí de Oaxaca para Acatlán, del Esta-

do de Puebla, con una escolta de caballería de unos 300 hombres, con el doble objeto de empezar allí á servir de centro de reunión y observar de cerca las operaciones del enemigo, así como de proteger al Coronel Don Juan Espinosa y Gorostiza, que había avanzado con unos cuantos infantes para posesionarse de Matamoros Izúcar y aumentar allí su número.

«El Gral. D. Vicente Ramos, que se había dirigido á inspeccionar la organización de las fuerzas que se levantaban en los Distritos del Sur de Puebla, murió, desgraciadamente, cuando comenzaba á desempeñar ese servicio, que encomendé después al Gral. D. Manuel Toro.

«Permanecí en Acatlán como dos semanas, esperando la incorporación de las primeras fuerzas de los Estados limítrofes.» (Memorias).

Estando en Acatlán, se presentó ante el Sr. Gral. Díaz un comisionado de Maximiliano.

«Condujo un día la avanzada de Acajete, por la cordillera y con las precauciones usuales en esos casos, á mi Cuartel general, á una persona llamada Carlos Bournof, que había sido comisionado personalmente por Maximiliano, según credencial que al efecto trajo, para recavar mi promesa de no batir al Archiduque en la marcha que próximamente se proponía hacer de México á Veracruz, protestando que haría su travesía exclusivamente con soldados europeos, y que su objeto era embarcarse con ellos en la fragata *Novara*, que lo esperaba fondeada en aquel puerto.

«M. Bournof me dijo que esto era todo lo que Maximiliano le había encargado me manifestase; pero él agregó, como opiniones personales suyas, y como informes que me daba, que Maximiliano tenía un alto concepto de mí, y que si pudiera contar con mi cooperación, se descartaría de los conservadores que lo rodeaban y de los militares de ese partido que estaban á su lado; que me daría el mando de todas sus fuerzas y que pondría la situación en manos de los liberales, porque él tenía gran predilección por nuestros principios políticos; que sentía gran respeto y consideración por el Sr. Juárez y por los principios que profesaba; pero que vista la situación que él guardaba y teniéndonos á nosotros por antagonistas, no podía proceder como lo deseaba, sino como las circunstancias le obligaban á obrar. Me pareció que M. Bournof cumplía con un encargo de Maximiliano, sin embargo de que él cuidó de hacerme entender que ésto no era así, sino que tan sólo expresaba sus impresiones personales.

«Detuve á Bournof toda la noche, para mandarle al día siguiente con una respuesta verbal negativa, y le dije que no podía tener condescendencias de ningún género con el enemigo; que mis únicas relaciones con Maximiliano consistían en batirlo, ó ser batido por él, para lo que tomaba desde luego mis providencias, y que me empeñaría en hacerle prisionero y someterle á la justicia de la Nación.

«En toda esa noche fué necesario fingir algunos desfiles de tropas, como si fueran de distintas armas, por la calle en donde se había alojado Bournof, acompañado de oficiales que cuidaban de que se cumpliera la prohibición que le impuse para abrir las ventanas. Mi objeto era que volviese con la impresión de que en Acatlán había gran número de tropas acuarteladas y movimiento de entrada y salida de trenes y de fuerza, cuando en realidad sólo tenía 300 caballos, aunque mi gran apoyo, en aquellos momentos, consistía en los pueblos de los Distritos de Matamoros, Tepeji y Tepeaca, que todos eran amigos, y muchos de ellos estaban armados y dispuestos á participar en algún combate que se ofreciera cerca de sus respectivas localidades.» (Memorias).

Ya el General en jefe del cuerpo del Ejército de Oriente, había sido tentado por Bazaine, antes que por el Archiduque, pues ambos pretendieron, en varias ocasiones y por diversos medios, atraer, con brillantes promesas, al prestigiado jefe republicano.

«El Mariscal Bazaine me propuso un canje de prisioneros, que acepté, encomendando su estipulación, conforme á las bases que fijé, al Coronel Don José M. Pérez Milicua, á quien sirvió de intérprete el francés D. Carlos Thiele, que con ese objeto avanzó hasta la capital de la República, teniendo lugar las conferencias para arreglar el canje en Tehuacán, donde se detuvo el Coronel Pérez Milicua.

«Después de canjeados todos los prisioneros mexicanos que estaban en poder de las fuerzas invasoras, devolví sin correspondencia al Mariscal Bazaine, cerca de 1,000 extranjeros, con la condición de que fueran inmediatamente embarcados en Veracruz, como lo fueron en efecto.

«Cuando mandé á México á D. Carlos Thiele para terminar el arreglo del citado canje, el Mariscal Bazaine le autorizó para que me propusiera en venta, fusiles, municiones, vestuario y equipo, ofreciéndome esos objetos á precios fabulosamente bajos, esto es, á peso por fusil, y á peso también por vestuario de lienzo, con zapatos; también comprendía la propuesta, caballada, mulada y sus respectivas monturas y arneses. Comprendí por esa oferta y por los des-

trozos y remates á precio vil que el enemigo estaba haciendo de su material, que la razón de su oferta era que no tenía vehículos para conducirlos á Veracruz, y acaso ni capacidad en su flota para embarcarlos, y me negué á comprárselos, pues teniendo que dejarlos, me era más barato hacerlos ocupar como propiedad del enemigo, que comprarlos, aun á vil precio. Entonces expedí una circular á todas las plazas, incluyendo á las ocupadas por el enemigo, en que declaraba contrabando de guerra todos los efectos que aquél dejara en el país, bajo cualquier pretexto, é imponía una fuerte multa á sus tenedores ó encubridores, la cual sería íntegramente aplicada al denunciante en cada caso, dando á éste la mayor garantía de sigilo.

«Esta circular fué extraordinariamente fructuosa para el ejército, al grado que me permitió presentar al Presidente Juárez, á su arribo á la Capital en 1867, veintiún mil hombres perfectamente vestidos, armados y municionados, habiendo sido la mayor parte de su equipo, producto de la disposición enunciada.

«El Mariscal Bazaine me mandó decir, con el citado Thiele, que á su salida de México permanecería cinco días en Ayotla, como lo verificó; y que si mientras él estaba allí, atacaba yo á la Ciudad de México, le mandase decir con Thiele el uniforme de mis soldados, para distinguirlos de los de Maximiliano; pues que en ese caso se proponía regresar á la capital, con pretexto ostensible de restablecer el orden, á fin de que todo se arreglase satisfactoriamente para él y para mí. Entendí por esto que quería manifestar que me ayudaría á apoderarme de la capital, donde estaba el mismo Maximiliano, siempre que yo accediese, en recompensa, á ciertas insidiosas propuestas de desconocer al Gobierno del Sr. Juárez, con objeto de que la Francia pudiese tratar con otro Gobierno antes de retirar sus fuerzas de México, pues sus palabras textuales fueron éstas: *«Diga Ud. al General Díaz, que yo pagaré con usura el brillo con que nuestra bandera pueda salir de México.»*

«No me pareció conveniente seguir relaciones que habían comenzado con motivo del canje, y se extendían después hasta donde he expresado; y así lo manifesté á Thiele, para que lo comunicara á Bazaine, por toda contestación.» (Memorias).

Veinte años después, y cuando Bazaine, expatriado de Francia, vivía en Madrid, tratando de sincerarse ante la pública opinión, escribió al Sr. Gral. Díaz, ya entonces Presidente de la República Mexicana, recibiendo en contestación la siguiente, correcta, pero enérgica y justificada carta:

«México, Enero 11 de 1887.—Al Sr. Mariscal Bazaine.—23, Monte Esquinza.—Madrid.—Señor: He recibido una carta de Ud., de fecha 10 de Diciembre último, que en resumen tiene por objeto manifestarme su resentimiento por la publicación de una carta mía, escrita el año de 1867, en que, refiriéndome á Ud., aseguraba que por tercera persona me había hecho proposiciones que no quise aceptar por indecorosas; suplicarme le designe quién fué ese intermediario, y reprocharme el beneficio de no haber dado á luz la carta que le dirigí el 8 de Febrero de 1865, así como de haberme tratado como prisionero de guerra y no como insurrecto.

«En cuanto á lo primero, debo advertir á Ud., desentendiéndome de su estilo, que no quiero calificar, que la carta que al principio cita, no fué dirigida al Sr. Juárez, como lo asienta, sino al Lic. D. Matías Romero, por cuyo conducto acostumbraba yo informar al jefe supremo del Estado de todo lo que hacía y ocurría en la zona cuya defensa me estaba encomendada; que ésta fué mi única intención al escribirla, y yo no la publiqué ni pensé que podía ser publicada. Rectifico la aseveración de Ud. sobre este punto, porque así es la verdad, y no porque hubiera tenido inconveniente en dar á luz dicha carta, pues nunca vacilé sobre la veracidad de los hechos que en ella cito.

«Respecto al segundo punto, aunque han pasado ya algunos años, no creo haya olvidado Ud. á M. Carlos Thiele. Debo decirle, supuesto que me lo pregunta, que esa persona es la que mandé cerca de Ud. para ajustar el canje de prisioneros mexicanos, que Ud. tenía en su poder, por los que yo tomé en las acciones de Nochistlán, Miahuatlán, Carbonera, Tehuantepec y Oaxaca; canje que realizamos con gran ventaja para el ejército francés, porque le envié, como gracia, todos los jefes, oficiales y soldados que me sobraron, cuando á Ud. no le quedaba personal equivalente para canjeármelos. Ese Sr. Thiele fué quien me hizo, en nombre de Ud., las proposiciones de que di cuenta en la carta que me ha concitado el resentimiento de Ud., y quien pocos meses después de los hechos á que me refiero, se radicó en Guatemala, donde se puede ocurrir á él.

«Celebraría muchísimo si algún día pudiera Ud. persuadirme de que todo fué impostura de dicho señor, y lo manifestaría así al público que ha conocido mi carta; pero para ésto necesito la propia declaración del Sr. Thiele, pues el conocimiento que de él tengo, no me autoriza para dudar de su caballerosidad.

«En cuanto á mi repetida carta de Febrero de 1865, con cuya pu-

blicación cree Ud. que me habría hecho, y aun me podría hacer mal ahora, ese es otro error que Ud. padece. Hago memoria de haberse-la dirigido; y aunque no tengo presentes con perfección los términos en que está concebida, sí puedo asegurar que no me deshonra, sencillamente porque, tanto en mi conciencia de hombre como de militar, no recuerdo ningún hecho que pudiera avergonzarme. Por otra parte, la inmensa desigualdad en que entonces combatimos, menos de uno contra diez, y las circunstancias y episodios que rodearon esa campaña y tuvieron lugar en ella, sólo son conocidos, hasta la fecha, por los que, como Ud. y yo, fuimos en ella actores, lo mismo que por nuestros subordinados respectivos y por los pueblos del heroico Estado de Oaxaca. Su publicación halagaría mucho mi orgullo militar y patriótico, y la necesidad de contestar cargos formulados por Ud., me pondría en condiciones para hacerlo sin el riesgo de aparecer presuntuoso, y con más ventaja aún si me permitiera comparar el asedio, sitio y pérdida de la plaza de Oaxaca con otro caso contemporáneo, del mismo género, aunque no semejante.

«Me recuerda usted también, no sé con qué objeto, que fuí su prisionero y que no me trató como insurrecto.

«Si hace usted ésto para censurarme, le repetiré que, aunque por casualidad, y no por deber á que no estoy sometido, no fué mi voluntad la que decidió la publicación de mi carta que tanto le ha afectado.

«En cuanto á que usted haya obrado así, por deber ó por gracia, permítame que no le replique, porque, como quiera que haya sido, tengo presente que usted ha tenido el honroso carácter de Mariscal en el ejército francés, y cualesquiera que sean las desgracias que hayan pesado y aún pesan sobre usted, y el estado en que ellas hubieren dejado su ánimo y su razón, no puedo, sin agraviar á usted y al sentido común, entrar en una cuestión que tendría por objeto demostrarle la diferencia que existe entre el insurrecto ó bandolero, y el General del ejército de una nación reconocida por el mundo civilizado, y que plenamente autorizado por los Supremos Poderes de ella, á la sombra de su bandera, la defiende en su territorio contra un ejército invasor.

«Envío á usted los testimonios de mi pena por la poca meditación que revelan los conceptos estampados en la carta que le contesto.—
PORFIRIO DÍAZ.»

Sin duda, en aquel tiempo, *el Mariscal de Metz* ya estaba loco. . .
Por lo demás, tendría que ser muy larga la relación de todas las

intrigas, de todas las perfidias y de todos los engaños que Napoleón y Bazaine por una parte, Maximiliano, sus Ministros y sus partidarios por la otra, sin pararse ya en medios, emplearon en aquella situación desesperada para salvarse del desastre.

El débil Archiduque, buscaba en el apoyo de Porfirio la salvación de su falseado trono.....

Bazaine se conformaba con que *su bandera* pudiese al fin SALIR CON BRILLO del territorio mexicano.....

¡Se engañaron!

Ninguno de los dos debía esperar ayuda del General Republicano.

Porfirio Díaz no servía más que á su Patria, y el alma del caudillo oaxaqueño era del mismo temple que su espada.

